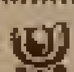
Euskal Erria

FUNDADA EL 4 DE AGOSTO DE 1912

REVISTA QUINCENAL BASKONGADA
DEL URUGUAY

 Año XX | MONTEVIDEO, FEBRERO 15 de 1932 | N.º 635 

Recorriendo nuestra tierra vasca



EN LA TRANQUILIDAD DEL PUEBLECITO...

He aquí uno de los paisajes de los Bajos Pirineos (Francia) que convida a la meditación.

¡Cuántos recuerdos despiertan estas regiones en el alma del que allí pasó parte de su juventud, lo mejor de su vida, regiones que, en su mayoría, se encuentran como perdidas al pie de las montañas eternas!...

La tradición se mantiene en estos pueblos alegres, limpios y pintorescos, llenos de paz y de poesía.

La fraternidad más íntima florece en estas regiones envidiables y se trasmite de generación en generación.

Hogar, familia, trabajo, es la credencial del vasco.

¡Felices sus moradores que viven en un ambiente de quietud y de bondad!...



ADMINISTRADOR: MANUEL MUJICA | MONTEVIDEO, FEBRERO 15 DE 1932 | AÑO XX N.o 635

Redacción: SAN JOSÉ 1168

La próxima conmemoración de un grato aniversario

EL 30 del próximo mes nuestra Institución de Confraternidad Baskongada «Euskal Erria» conmemorará el veinte aniversario de su fundación.

Desde aquel día ya lejano, ¡cuántas transformaciones ocurrieron, cuántas esperanzas malogradas, y cuántas realizaciones entonaron el alma de nuestra raza!

La labor ejemplar de cuatro lustros debe recordarse, aun cuando fuera someramente, en vísperas de la celebración de esa fecha tan cara a nuestro corazón.

20 años... ¡con qué rapidez pasaron! Y al dirigir nuestra mirada hacia atrás, al evocar tantas memorias que nos fueron gratas y que nos acompañaron en tantos trabajos al par que secundaban nuestros propósitos, no podemos menos que tributarles el homenaje de nuestro reconocimiento.

Ellas también fueron partícipes de la labor realizada, que tuvo la virtud de colocar a nuestra Institución en plano superior, pues vivió siempre rodeada de la consideración afectuosa de todos.

«Euskal Erria» es, en nuestro ambiente, una fuerza moral y un centro de atracción de todos nuestros hermanos de raza.

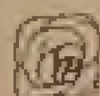
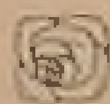
Por eso merece la cooperación generosa de sus elementos.

Deseamos que las fiestas que se organizarán con motivo de tan fausta fecha, congreguen a nuestros consocios en apretado haz.

Preparemos, pues, el corazón, para celebrar, alborozados, la próxima jornada, que anunciaremos pronto.

Nuestra raza vasca, orgullo de propios y extraños señala, a cada cual, un puesto de honor en los festejos que se avecinan.

DE D. ENGRACIO DE ARANZADI

 RUINAS 

Preguntábamos poco ha: ¿Cómo se podrá en-tender que hayamos llegado al segundo cuarto de siglo XX y casi a los cuarenta años de renaci-miento racial sin que advirtamos por ningún lado ni amor ni reconocimiento hacia la gran institu-ción familiar a la que debemos todo en el or-den humano?

No creo que se haya hecho en estas colum-nas una pregunta más molesta. Con apariencias inofensivas late algo muy duro y bochornoso en el fondo de la interrogación precedente. Porque según vamos declarando con reiteración anties-tética, pero obligada por la gravedad del asunto, la casa solar es el eje de la constitución vasca y santuario de la emoción racial. Pensamiento y corazón, inteligencia y amor, idea y reconoci-miento, justicia y afecto; todo nos habla así en el Ateneo como en el regazo materno, de la sig-nificación trascendente de la casa solar vasca.

Libertad y patrimonio — repitámoslo una vez más, — ciudadana y nobleza, lo debemos a nues-tras casas pobladoras. Por siglos incontables vi-no descansando en la casa solar toda la organi-zación política, y sigue bajando del caserío el caudal más puro del torrente racial que nos vi-vifica. Libertad, patrimonio, ciudadanía y no-bleza, se lo debemos. Hasta el orgullo motor, tan complicado como eficaz, con que nos envane-cemos de una ascendencia sin par en Europa; hasta el apellido se lo debemos... Con todo, no habrá en el mundo de lo vasco nada tan menos-preciado, tan olvidado, como la casa solar. Una "makilla" o "kutxa", el instrumento o mueble más humilde, merece nuestro afecto por lo que nos habla de nuestras cosas; por el mundo de sentimientos que su contacto hace evocar en el espíritu. Un cuadro, la espada de un ilustre as-cendiente, cuanto lleve en sí la huella de las ge-neraciones pasadas, atrae nuestra atención y afecto. En el domicilio de ese vasco, amigo nues-tro, al que visitamos, vemos todo esto. Guarda allá retratos familiares, libros consagrados con e luso de sus abuelos, vistas de los valles y mon-tañas de la patria.

Interesa allá cuanto roza con el pueblo vasco. Se cultiva la música racial. Se habla el idioma propio. Cuantas publicaciones, cuantas obras se imprimen enalteciendo o deprimiendo las insti-tuciones del país, alabando o censurando el pa-sado, defendiendo o atacando los derechos de la raza, son adquiridas, leídas y guardadas en aque-lla casa. Renacimiento y arqueología, cunas y cementerios, presente o pasado, interesa de igual modo, siempre que se advierta el latido actual o las líneas de la vida que pasó denunciando al genio de la estirpe.

Preguntad a ese vasco, tan amante de su pue-blo, por su casa solar. No la conoce. Sabe que se levanta en una aldea del interior. Y nada más. No se le ha ocurrido girar una visita allá. No se le ha ocurrido penetrar en el hogar en que sus ascendientes nacieron, vivieron y mu-rieron, en siglos cuyo principio sólo Dios cono-ce. No se le ha ocurrido visitar aquel rincón de la tierra patria al que arrancaron sus abuelos no sólo su alimento, que es sangre de la sangre suya, sino el mismo nombre que lleva. No se le ha ocurrido visitar aquel rincón que los suyos y los extraños, en la patria y en el extranjero, en Filipinas, California y la pampa argentina pre-gonan cada vez que le llaman, cada vez que ha-bla de él.

Ese vasco que ama sinceramente a la raza no conoce su casa solar... que se desmorona. Es-ta recibe al presente el último beso del sol que se pone. Una luz de oro intenta alegrar ese edi-ficio, cuya silueta amarilla y negra — colores de la muerte — parece esperar la noche a fin de desvanecerse para siempre. Se hunde su te-chumbre, se agrietan sus muros. Diríamos que se derrumba la casa vasca, bajo el peso de los siglos, de no recordar que nada vale ante la in-gratitud el poder destructor del tiempo.

Se viene abajo la antigua casa pobladora cu-yos cimientos sostuvieron por generaciones y más generaciones la organización social vasca. Se viene abajo la casa solar en que palpitó la vida, esta vida que nada sabe de cuanto recibió allí de protección y de amor en edades olvidadas por la historia y en tiempos que debiera recor-dar porque fueron los de sus abuelos y los de sus padres. El sol de Arrigorriaga iluminó ese hogar. Los vendavales de otras invasiones pa-saron lejos, sin alterar la paz de sus campos y cielo. Miles de veces vistieron su verde manto los robledales de alrededor. Los helechos de sus cercanías enrojecieron también miles de veces, anunciando la proximidad del invierno. Y ese hogar cuyo fuego no pudieron apagar las catás-trofes de la invasión sarracena y de los bárbaros del Norte; ese hogar tan firme hasta poco ha, tan arraigado en las entrañas de la tierra vas-

ca como las crestas rocosas del Aitzgorri que allá enfrente se alzan inmutables al cielo, se derrumba en nuestros días precisamente...

Precisamente en estos días de restauración racial en los que la conciencia de la personalidad vasca, aletargadas en las generaciones pasadas, se despierta; cuando surge renovado con gozo juvenil, desde el fondo del alma, el instinto formidable de vida, puesto por Dios en las personas que hizo nacer para cumplimiento de sus designios adorables sobre las naciones. En los momentos en que el cielo vasco, entenebrecido en crisis multisecular, se ilumina por el Oriente con los colores mismos de la mañana de Resurrección; cuando la naturaleza vasca sale de una noche sepulcral estremeciéndose de júbilo, con aquel júbilo de la primera aurora que enloquece, haciéndoles saltar sin concierto, a los terneros, a los corderos y cabritillos, mientras las aves ensordecen el aire con sus cánticos; precisamente en esos momentos de esperanza vasca, mucho más gratos que las mejores realidades, porque no hay realidad en esta vida que llegue a nuestros sueños gozosos; precisamente en esos momentos de renovación, de restauración, de renacimiento, de luz, de esperanza, de vida, la casa solar del vasco amante de la raza se derrumba.

Recibe al presente el último beso del sol que se pone. Beso que parece de irrisión, porque la apacibilidad que acompaña a la tragedia, en dulce serenidad de cuanto rodea a esa casa invencible que ahora se viene abajo, parece una burla a su dolor. Cuanto hay de vasco en esta tierra y en lo que se levanta sobre la tierra, vieno de esa casa que se hunde en la tibia indiferencia de la naturaleza.

¡Cuán intolerable es este choque entre la vida y la muerte! No es que la extensión del dolor lo cambie. Es el contraste entre el estrépito de lo que se derrumba y el silencio deliberado, al parecer de lo que queda en pie, lo que molesta. Es el contraste entre la pena de lo que se queda, porque se queda cuando lo otro se va. Es la falta de solidaridad en el dolor, mejor dicho, la profanación de la majestad del dolor, cuyo silencio rompe el estrépito de las risas impías. Cerrar los ojos de la persona amada que acaba de morir y encontrarse, al volver la cabeza, con el rumor de la vida desbordada que canta, allá mismo, en los prados floridos la alegría de la juventud, duele al alma.

Pero no sólo hiere en esa tarde el contraste de la naturaleza feliz en el acabar de la casa vasca. Hiere, sobre todo, el gozo del vasco amante de la raza ante la ruina de su mismo hogar. Reír en el gemir general de la naturaleza, no está bien; pero reír cuando la tierra va a cubrir los restos de una madre, parece delatar la gran monstruosidad ante la cual consuela el horror mismo de la demencia. El vasco amante de la raza se interesa por los más débiles destellos de la vida vasca. Vibra de emoción ante un arca, ante un cantar, ante el retrato de un ascendiente, ante un resguño rupestre, y ve impasible cómo se cuartea y cae la casa de su apellido y familia, testimonio irrecusable de su nobleza, que no data; santuario de goces y penas de sus antepasados; hogar de sus ascendientes, templo de ciudadanía y libertad vascos.

¿Dónde se ha visto insensatez como ésta? ¿Dónde se ha visto, fuera de aquí, un pueblo acosado en todos sus hijos por locura tan extraña, como ésta?

Kizkitza.

DE D. PEDRO BRUNO

EL ORGULLO DE SER VASCO

Para la Revista EUSKAL ERRIA

El país vasco es, seguramente, una de las regiones más bellas con que se puede soñar, tanto en la que pertenece a Francia como la que corresponde a España.

El país vasco es muy montañoso, pero aún así puede ser recorrido y visitado con gran facilidad. Visitarlo no es viajar; es realizar una excursión placentera, deliciosa, por este rincón de dichosa soledad que, enclavado entre los Pirineos y el océano que nuestros buenos vecinos llaman Mar de Vizcaya que nosotros denominamos Golfo de Gascuña, sirve de frontera a Francia y España y que reune todos los atractivos de la montaña, la llanura y el mar.

¡Qué noble y fiera raza misteriosa la de estos habitantes; tiene su lengua antiquísima como también su civilización!

El alma vasca es vigorosa, generosa, leal, desinteresada y amiga de la naturaleza.

Los vascos son impetuosos en sus movimientos, llanos en su trato y poco les preocupa los cumplidos exagerados.

La lengua vasca es de uso casi general en la parte que corresponde a Francia, y en la parte española, se habla en más de las tres cuartas partes sobre todo en Guipúzcoa y Vizcaya.

El vasco es, ante todo vasco; de temperamento independiente.

Aún recuerdo con satisfacción su época de libertad, en la que rechazaron con energía las invasiones de los romanos, de los visigodos, de los árabes y de los ingleses, que vinieron en son de pelea y fueron rechazados enérgicamente de Bayona.

De estas invasiones supo sacar incólume la tradición de sus mayores; por eso es el vasco el país en que mejor se conserva la tradición familiar y en que más se estima la herencia del hogar en que nacieron sus mayores.

El vasco posee una talla media, sin caer en el zankaluce, los ojos son grises o azules; zeru zola besaiñ urdin y rara vez negros; otro tanto se puede decir de sus cabellos; ágil, de resistencia y de vigor extraordinario, de fe simple, hombre de palabra.

Se dice que existe en la casa de los vascos, algo que les permite reconocerse cuando se encuentran fuera de su país; por lo que hace al carácter el vasco es alegre y tiene también sus defectos; la testarudez Buruan duena ez du aztulean. El vasco debe enorgullecerse en serio, cuando su conducta, su proceder, merezca alabanza.

Un vasco trabajador, digno, honrado, noble, hará bien en sentir ese orgullo en cambio un vasco desleal, vago, innoble, encanallado, no puede alardear de su procedencia vasca; esa satisfacción verbal no va de acuerdo con su proceder bajo y el mérito de ser buen vasco no está en lo que nuestros antepasados hicieron sino en lo que nosotros hacemos.

Vasco adiskideak siente el orgullo de tu raza pero procura con tus hechos hacerte digno de ella.

Agur euskalerria, patria vasca.

Pedro Bruno.

Bayona, Diciembre 5 de 1931.

EL PUEBLO QUE DANZA

La definición que Voltaire ha dado del pueblo vasco, sin embargo de que parece fruto de un astibo relámpago, es profundamente curiosa y rica en sugerencias. "Le petit peuple que danse au sommet des Pyrénées..."

Ante todo, llama la atención su fuerte tonalidad antonomástica. ¿Y por qué "el" pueblo y no "un" pueblo? ¿Es fuerza leer de un tirón la oración subordinada "que danza" junto con "el pequeño pueblo? Y, finalmente, ¿por qué en "la" cumbre y no en "las" cumbres de los Pirineos?

El pequeño pueblo que danza en la cumbre de los Pirineos.

¿Pero es que no hai más pueblo pirenaico que Euzkadi? Y si lo hay, es el que mejor danza? ¿Por qué está en estas cualidades su sustancia específica?

¿Mas tampoco habrá otra cumbre en toda la tirada del Pirineo o de los Pirineos que la vasca?

Ciertamente. Hay otros pueblos, pero ni danzan como el vasco ni como el vasco han tomado posesión de la cumbre más clásica del Pirineo. Esta cumbre vasco, que, en cierto modo, es la cumbre pirenaica por excelencia. Ahora bien: la acción más típica del pueblo, ¿es la de danzar? ¿Será éste su rasgo genial, tanto como para dejar tan honda huella en el espíritu hipercrítico de Voltaire?

Después, el vasco danza de manera amable... ¡Oh, le petit peuple!... El adjetivo, más que indice mensor, es una cariñada efusiva. Cariñada que ha despertado en el ánimo del autor la fulgurante visión del danzarivasco en la cumbre pirenaica.

Mas ocurre a este punto un dificultad seria. ¿Por qué es que Voltaire hace danzar al pueblo vasco en la cumbre de los Pirineos? Gaetan Bernonville no atina con la razón de esta afirmativa. Porque, según él, no es la cumbre, sino allá, en el fondo de los valles...

De donde resulta que la visión de Voltaire es un caso irreal, enteramente subjetivo. Es lo que pudiéramos decir una ilusión del escritor francés. Ahora bien, todos—hasta Gaetan Bernoville hemos prestado el asenso a la versión genial de aquél. ¿Qué ha pasado, pues, para que esta definición peregrina, invocada siempre con agrado, nos haya ganado a todos? ¿Por qué no ha sido desautorizada antes? Pero ni aun el propio Bernoville se atrevería a rechazarla de plano. ¿No será que la subjetividad de Voltaire sobre esta visió está así bien en el ánimo de todos?

También nosotros en nuestra insignificancia, pese al testimonio de Bernoville, y si se quiere hasta la de una realidad fruto de nuestra propia experiencia juraríamos haber visto al pueblo vasco danzar en la cumbre pirenaica. Es que la relación entre la danza vasca y las cumbres euzkadianas es un hecho. Relación verdaderamente chocante a primera vista, es, sí, un hecho definitivo que corrobora la historia y hasta la actualidad del pueblo vasco. Vamos a consultar ésta.

En efecto, ahí está el soberano testimonio del dantzari y del mendigoizale vasco tienen un prestigio nativo que no tienen el saltarín ni el alpinista de otros pueblos?

La danza y la cumbre. El pueblo que danza en la cumbre pirenaica.

Resulta certera la intuición de Voltaire. Antes que aquellos héroes tuvieran la expresión neta que hoy alcanzan, quedaba formulada de una manera extraña.

Ya ha llovido desde que Strabón señalaba ya la danza de los vascos ante el plenilunio, danza montañera y bélica. Hoy no se danza ala luna, pero se baila y se salta siempre. En otros pueblos la danza es una disciplina: en el euzko, la danza es una ansiedad física, ubicada en los nervios, irresistible como el impulso cíclico del ave migratoria.

Espigando en lo más raro, hallamos testimonios curiosos a docenas.

Por ejemplo, en Brujas, y allá por el último tercio del siglo XVI, los vascos (bizcaínos, como entonces se les llamaba) construyeron un palacio para consulado autónomo "distinto al de Castilla". Este Palacio de los Vascos (Palais des Biscayens) tenía, entre otras cosas magníficas, una terraza de clásico sabor, en la que los vascos, según nos cuenta el señor Van Severen, danzaban sus danzas típicas en las noches estivales. ¿No es sintomático el que sea visto el vasco tan a menudo a través de sus danzas misteriosas?

Es que el rasgo de la danza no abandona al vasco. Le peuple qui danse...

Voltaire y Bernoville tienen razón. Porque cada danza tiene su marco. Las danzas de la guerra, de la destreza y del amor. Estas últimas son las que ha visto Bernoville desarrollarse en el atardecer apacible de la aldea, mecido allí, en la sonrisa eterna de los prados siempre verdes. Aquellas otras danzas, las guerreras, en la cumbre. Las danzas de la destreza, en todas partes, porque el genio sutil de la raza es una pirueta incesante.

Hasta los niños vascos bailan como maestros, dice el propio Bernoville. Un turista inglés opina que se ha dicho "con justicia" que los "naturales de estas provincias bailan el fandango ya en los brazos de las nodrizas". Bernoville nos relata la emoción que le causó el ver, rompiendo marcha en una procesión, dos rapaces, ataviados con pantalones blancos y cintos rojos, los cuales iban bailando con un arte insuperable. C'était dans le sang, exclama al final. Sí, ciertamente, es cosa de la sangre, de la influencia atávica, del espíritu armoniosamente inquieto de la raza.

Otro testimonio curioso del afán saltarín de la raza nos da el P. Labande. "No hace un siglo todavía — dice este vasco insigne — los sacerdotes tomaban parte en estas danzas saltarinas (de hombres solos), lo mismo que hoy toman parte en los partidos de pelota en público. Tras las vísperas, los fieles se trasladaban a la plaza presididos por el cura. El xirulari sentábase contra la pared con su atabala. A las primeras notas del silbo, el pastor marcaba la entrada y sacaba el baile, en el que tomaban parte todos los hombres, los viejos, los amos jóvenes, los hijos de las casas, y así se daba comienzo al gran círculo ondulante".

¡Qué sentido tan profundamente nativo tiene este apego a la danza!

Este afán increíble va tallado magistralmente en estos versos del gran poeta Barbier.

Dantza piko bar nio
Eman lorietan.

Afán que rebulle en todo vasco rintzo, tanto que si no es así, puede tenerse uno por producto degenerado de la raza. Afán que actúa como un resorte en tención, como la fuerza de la raza represada en milenios de vida. Fuerza que galvaniza nuestro ser. Percibimos con mayor apremio, es cierto, la gran danza de las cumbres, la que Voltaire captó agudamente en su visión, la ezpata-dantza gallarda, el ritmo marcial de la raza, el que, si de siempre templaba las energías de nuestros abuelos para luchar, para vencer, o para morir, sigue siendo hoy la arenga vibrante que pone en pie a todo el pueblo.

Pero tampoco desdeñamos esas danzas amorosas que ha visto Bernoville, al amparo de la iglesia, con el fondo de las colinas verdes y de las montañas azulinas, allí en el corro bullicioso del ingurutxo que alboroza a las neskatzas, en el fandango bullanguero que da expansión jocunda a los cuerpos y a los espíritus, al músculo y al amor. Porque esta danza lo es todo, cabriola del cuerpo y arrullo del corazón. Afán apasionado, pero casto, como si el aire limpio del monte lo tuviera exorcizado de todo influjo maligno.

* * *

Mella temió un día que el bolcheviquismo nos cogiera a los vascos bailando zortzikos. Repárese nuevamente cómo a nuestro pueblo todo el mundo lo ve a través de la danza. La verdad es que aquél no ha llegado aún, pero nosotros seguimos en nuestra altiva adhesión, a la danza, en pleno apogeo tradicional. Y seguiremos así porque nos sale de dentro de nuestro ser tradicional que es uno de los más tradicionalistas del mundo. Con ello hacemos honor a nuestros atavos que dieron cara a todas las horas críticas al amor de la danza épica de la raza. Hoy, más que

nunca, nuestro héroe nacional es el dantzari que salta como nadie y que como nadie se encarama a la cumbre pirenaica, la cumbre que celebrara Voltaire. Y de la danza y de la cumbre tenemos hecho un rito, y ahora haremos una mística y una milicia. Porque sin una mística vigorosa, alojada en una inexorable milicia, no hay ideal humano triunfante. Ni tampoco patriótico. Porque la patria, como dice lapidariamente el patriota cubano Martí, nunca será triunfo para el buen patriota, sino agonía y deber.

Organizar sus cuadros de combate, desarrollarla potentemente entre las masas negras de las urbes infectas, infundirle un afán de estímulo y superación constante, llevarla a todos los rincones del país.

Milicia es toda la vida del hombre sobre la tierra, dice Job, y milicia debe ser la vida vasca, sobre todo la de hoy.

Edifiquemos, pues, una mística y una milicia sobre estas magníficas actividades del dantzari y del mendigoizale. Y busquemos un nombre en el que vivan juntas las dos, como viven juntas en el alma y en el cuerpo de todo vasco no degenerado.

Y este nombre será glorioso.

Gurbindo.

EL HIMNO DE LOS VASCOS

Por José María Salaverría

(De "La Nación" de Buenos Aires)

Había en el Madrid antiguo algunas plazuelas irregulares, puntos de intersección de largas calles populosas que servían para todo por su misma admirable situación estratégica: para levantar una barricada en los días airados de pronunciamientos como para abrir un café donde cupiese todo el mundo de estudiantes, empleados, poetas y familias de barrio. La plazuela de San Antón, la de Santo Domingo, la Red de San Luis, por ejemplo.

En el Madrid isabelino de los generales de fortuna y los sargentos revolucionarios, en aquel Madrid venido a menos, adquiría el final de al calle de la Montera una importancia de encrucijada de gran ciudad. Allí desembocaba la calle de Pacometrezo, plagada de casas de huéspedes, baratas, de librerías, de tabernas y buñolerías; y la calle del Caballero de Gracia, con sus templos de Venus. Las calles de Hortaleza y de Fuencarral, de resonante empedrado, partían desde allí y arrastraban tortuosamente hacia el miserable suburbio la ría da de proletarios, traperos y mendigos. Todo aquello ha sido atajado por la petulancia higiénica y estadounidense de la moderna Gran Vía.

El café de San Luis era una institución, como, después de todo, lo son la generalidad de los cafés madrileños. Entonces lo eran todavía mucho más que ahora. Casi todos aquellos cafés estratégicos, de pretensiones elegantes y con aptitud para convertirse en verdaderos centros del mundo, se hallaban vinculados a algún acontecimiento memorable en la vida de la política o de la literatura y adquirían por lo mismo una significación histórica. Más bien que centros del mundo eran verdaderos pequeños mundos en cuyo ámbito ahumado y ruidoso no faltaba nada para sugerir una idea cósmica. El café de San Luis, enclavado oportunamente en la encrucijada trascendental de la urbe, lucía los más grandes y numerosos espejos a la moda de la época, de tal modo que el parroquiano pudiera sentir la ilusión de estar en una sala prodigiosamente extensa a fuerza de combinarse y reproducirse por medio de las lunas consecutivas las imágenes del local. A esta impresión de magnitud infinita se agregaba la falsa monumentalidad de las columnas de historiados capiteles; los divanes de terciopelo rojo, tal vez excesivamente estropeado, y la copiosa iluminación de gas completaban el aire de lujo que el honrado café pretendía lucir. Ni tampoco faltaba sobre el estrado de ritual un piano que algún músico a sueldo aporreaba lo mejor que podía, en una lucha heroica contra el pertinaz estrépito de las cucharillas, el vaivén de los camareros, el hablar a gritos de los incontinentes tertulianos.

Sin que se supiera decir por qué, el café de San Luis solía por aquel tiempo albergar a muchos vascongados. Todos los estudiantes de las provincias vascas y los que ejercían un oficio o un empleo en la Corte, afluían por ley de atracción regional a un sitio que de alguna manera les hacía olvidar su destierro y figurarse que estaban dentro mismo de la querida patria. Era hacia el año de 1853. La guerra carlista había dejado herido el corazón de Vasconia con una ley que mermaba los venerables Fueros del país. No es que se hubieran suprimido las

libertades de una tierra milenariamente libre; las libertades quedaban todava vigentes en muchos de sus esenciales aspectos; pero el Gobierno central había puesto su mano en los Fueros, los intervenía, los condicionaba desde entonces, y era como mancillar la pureza de lo que para el sentimiento altivo de los vascos adquiría los atributos de una auténtica santidad. Comprendían además los vascos que la corriente de las ideas políticas del siglo se inclinaba con fuerza hacia soluciones de un unitarismo, de un igualitarismo estatal, y temían que a la primera ocasión el Gobierno atentase contra los fundamentos de los Fueros. Y así deba ocurrir más tarde, efectivamente, al terminar en un nuevo fracaso la segunda guarra civil.

Alentados por el romanticismo de la época y por el auge sentimental del folklore a la moda, los vascos se refugiaban en el culto de un entusiasmo idealista saturado de nostalgias históricas a la menera de Ossian, de Walter Scott y de los románticos alemanes. Y a falta de historia verdadera, se inventaba una artificial. El pueblo vasco carece de historia propia; no tiene tampoco leyendas ni recuerdos; es un caso típico de pueblo sin memoria. Para entonces se habían inventado, con escasa habilidad de simulación, aunque con cierto encanto literario, la leyenda de Aitor, el canto de Altabiscar y la canción de Lelo. Todo este hervor patriótico circulaba por el país sin producir, por el momento, más que un vago y romántico anhelo que entre los desterrados se acentuaba mucho más profundamente. Tal era el caso de los nostálgicos vascos que se refugiaban en tertulias nutridas en su confidencial café de San Luis. Y fué en ocasión tan oportuna cuando apareció en escena Iparraguirre.

Joven, cordial y vehemente, con el signo de la bella prestancia corporal de la raza hermosa, con la desenvoltura aprendida en la vida del soldado en campaña, acentuada su virilidad por todos los vientos y los soles de la emigración aventurera, especie de héroe byroniano, pero sin amargura ni cinismo, aquel hombre penetró en el ámbito del café como un auténtico enviado de la propia Providencia. ¡Ah! ¡Y cómo cantaba aquel hombre los zorticos! Muchas noches se le veía subir al estrado, enardecido por los vítores de sus compatriotas, y sentándose al piano, con voz entera y en la mirada una llama de inspiración, entonaba lindas canciones que su numen de músico y poeta había concebido. Cantos que hablaban a la vez del amor a la madre ausente, del amor a la doncella gentil y del amor a la dulce y pequeña patria amenazada. Era una música simple y acaso un poco ingenuamente afectada. Con algunos calderones y florituras al final de la estrofa, como para dar ocasión de lucimiento a los tenores improvisados y como una inexcusable influencia de las romanzas de ópera italiana a la moda. Pero el compás característico del zortzico y el aire original de aquella música vernácula que sabía a prados floridos y a playas espumosas podían más que todas las influencias.

Una noche, el joven de voz inspirada sorprendió a los contertulios con la canción más emocionante de cuantas pudieran imaginarse. Era la canción esperada, la que todos ellos necesitaban para henchir y satisfacer sus profundos anhelos nostálgicos. Ya no se trataba esta vez de caprichos amorosos ni de juegos musicales; al sonar los primeros compases comprendieron todos que se encontraban ante una creación trascendente. Aquello tenía la majestad y la hondura de un himno. El himno que la raza hasta entonces no poseía y que milagrosamente brotaba en la atmósfera oliente a tabaco y fulgurante de reflejos de gas de un café de barrio madrileño. La "Marsellesa" de los vascos había nacido de pronto en las solemnes y armoniosas estrofas del "Guernicaco Arbola".

Músico, poeta y ejecutor al mismo tiempo, creador integral y absoluto de la obra inspirada, Iparraguirre aparecía entonces como una reproducción verdadera de los bardos primitivos, hecho verso providencial de una patria antigua que hasta entonces permaneciera casi completamente callada. Ya tenía voz la patria. Ya se había resuelto a expresar en forma rítmica sus anhelos y ambiciones, sus quejas y sus esperanzas. ¿Qué decía esa voz?...

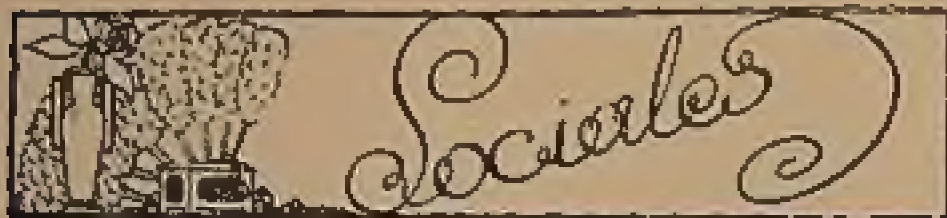
¡Arbol de Guernica, árbol bendecido! Entre todos los vascos, tú eres el árbol profundamente amado. ¡Da y prodiga tus frutos por el mundo! ¡Oh, sagrado árbol, nosotros te adoramos!"

Esta era la primera estrofa del himno, y en ella estaban como refundidas las demás. Ella bastaba. Ella lo decía todo en tan simples y bellas palabras. En una síntesis de estos tres sentimientos fundamentales: Veneración, Generosidad y Libertad. No quedaba ni un mínimo hueco para el rencor. Ni una palabra de exclusivismo y de preferencia egoísta. Del árbol que se calificaba como expresión de las supremas libertades, todos los hombres del mundo tenían opción a participar de sus bienes. ¿Qué se habían hecho las ideas políticas que el poeta defendiera con el arma en la mano por los montes y encrucijadas del país insurrecto? ¿Qué quedaba del contumaz carlista de otra época? En la emigración vagabunda, en

el roce con los pueblos y con las gentes diferentes, su alma de primitivo, de desorientado y de retrasado, despierta al espíritu del tiempo y vuelve a ser de su propio pueblo para encontrar en su fondo la razón profunda de libertad. Pero una libertad generosa, hecha símbolo en el venerable y fuerte roble pacífico. Al cantar las viejas libertades de su patria, la inspiración verdaderamente divina le hace exclamar desde la primera estrofa: "¡Da y esparce tus frutos por el mundo, árbol sagrado al que adoramos!"

Su alma sencilla se imaginaba que este voto era posible de cumplir. Que los pueblos podían buscar su felicidad por igual camino que lo habían hallado los grupos de familias labradoras del país vasco. Desde lejos contemplaba a su país entregado a una vida de normas modestas, dichoso por bastarse a sí mismo y confiado en la providencia de su Dios y en la sabiduría de sus Leyes. Lo veía a través de una lente romántica, un poco en estampa rousseauniana o como un extracto de poema byroniano. Y allí en medio del Arbol de Guernica, frente a la especie de tempo civil de noble arquitectura neoclásica. Su alma ingénua era incapaz de prever lo que el destino reservaba al país de costumbres sencillas y de leyes patriarcales; no podía adivinar que en el espacio de medio siglo la misma ambición codiciosa de los vascos convertiría al pueblo patriarcal y campesino en un hormiguero de fábricas, minas, arsenales, factorías turísticas, y que las idílicas aldeas se transformarían en ciudades cosmopolitas y populosas, y que el propio idioma milenario tendría que retirarse ante la invasión de las masas de forasteros. Tampoco era capaz de comprender que las leyes sencillas simbolizadas en el Arbol de Guernica, emblema de la libertad, resultarían pronto inocentes para la mentalidad revolucionaria de otras generaciones.

No importa. El bardo vascongado ponía por el momento su voz a tono con el espíritu de su patria, y por efecto de su inspiración inconsciente acertaba a interpretar el sentido profundo de su pueblo en una especie de confesión de fe ante el estremecido universo. El mundo se disponía a consumar cambios y saltos monstruosos. Y en aquel instante, como un eco de las montañas patriarcales, antes de que la civilización ejecutase su gran salto decisivo, el verbo de Iparraguirre expresaba el noble y prudente ideal de la raza antigua e incontaminada.



ROSA MONTALDO DE SUSENA

Entre cuantos cultivaron su amistad, causó un sentimiento de profunda pena el fallecimiento de la señora Rosa Montaldo de Susena, esposa de nuestro consocio don Antonio Susena, y madre política del estimado miembro del Consejo Directivo don Francisco Donagaray.

La extinta era una dama de nobles sentimientos y, en el ejercicio de la caridad constante conquistó afectos duraderos, pues los favorecidos con su palabra de consuelo o con recursos bendijeron siempre su nombre.

Soportó el proceso de una larga dolencia con santa conformidad y su mejor corona la constituyó la formación de un hogar modelo que evocará su nombre grato.

La virtuosa dama que acaba de morir deja un vacío en el seno de nuestra sociedad.

Llegue hasta sus deudos que la lloran, nuestra palabra de profunda condolencia.

CATALINA LARRAMENDI DE GARRA

En Isturitz, Bajos Pirineos, (Francia), donde residía, el 19 del pasado Enero, falleció, a la edad de 85 años, la señora doña Catalina Larramendi de Garra, madre de los apreciados consocios don Julio y don Roque Garra, el primero de los cuales forma parte del Consejo Directivo de "Euskal Erria".

El año pasado, en la carátula de esta misma Revista, reprodujimos el retrato de la extinta, cuyo óleo confeccionó, allá mismo, con el paisaje en que vivía, y rodeaba su casita blanca, el artista vasco Flores Kaperotxipi.

La extinta señora de Garra pasó su vida en el mismo pueblecito vasco en que murió y allí formó una familia numerosa al calor de los mejores afectos.

Supo, con su vivacidad, con su amor por la tierra que le vió nacer, inculcar en sus hijos el amor al trabajo y al esfuerzo, que son los que proporcionan el éxito en la vida.

Silenciosa, abnegada y buena deja, de su pasaje por la tierra, el recuerdo de una existencia útil que, con su compañero don Juan Bautista Garra, actualmente con 91 años de edad, y con una vida matrimonial de 62 años, edificaron a sus hijos y a cuantos, en aquellos parajes pintorescos e inolvidables, cultivaron su amistad.

† PEDRO HARAMBURE

(Q. E. P. D.)

Falleció el 9 de Enero de 1932, confortado con los Santos Sacramentos

Catalina Harriet de Harambure, esposa, Juan Harambure, hermano, sobrinos y demás deudos invitan a sus relaciones para el funeral que, en sufragio del alma de dicho finado, se oficiará en la Iglesia Parroquial de San Agustín (Unión) el 17 del corriente, a las 9 y 30 de la mañana.

Atención que agradecerán.

El duelo se despedirá por tarjeta.

Doña Catalina Larramendi de Garra murió tranquilamente, con la serenidad del justo.

Al invocar su nombre tributándole el homenaje de nuestro cariño, acompañamos a sus deudos en estos momentos de duelo.

CLUB ESPAÑOL

Magnífica resonancia tuvieron las brillantes reuniones ofrecidas por el prestigioso "Club Español" en su sede de la Avenida 18 de Julio esq. Ejido.

Una concurrencia selecta como distinguida participó de las fiestas de los días 6 y 13 del corriente. Especialmente en esta última, el entusiasmo fué general y se pasaron instantes de amena sociabilidad.

Las reuniones del "Club Español" tienen un encanto particular: congregan a elementos buenos, conocidos, con los cuales se pasan momentos agradabilísimos.

Nuestros plácemes a sus autoridades por sus éxitos frecuentes.

AGRADECIMIENTOS

Montevideo, Enero 20 de 1931. — Señor Presidente del "Euskal Erría", don Martín Bidosteguy.

De mi consideración:

Al acusar recibo de su atenta carta [illegible] que luce, agradezco en nombre de mi [illegible] mío propio, los [illegible] condolencia manifestados por ese Consejo Directivo en ocasión del fallecimiento de mi tío.

Debo manifestar que mi tío vió siempre con simpatía el desarrollo pujante de la Institución de confraternidad vaskongada, y fué, en todo momento, un fiel admirador de su progreso ascendente.

Saludo al señor Presidente y por su intermedio a los demás miembros del Consejo Directivo con la expresión de mi mejor estima.

Juan A. Harambure.

* *

Rosa V. de Gamboa y familia, profundamente agradecidos por vuestras atenciones.

Los deudos de Matías Gamboa, muy agradecidos.

POR SALVADOR LA TORRE

Con ocasión del primer aniversario del fallecimiento del que fué nuestro consocio don Salvador La Torre, el 22 del corriente, a las 9 de la mañana, en la Iglesia de Nuestra Señora de los Dolores de Tierra Santa, de la Avenida 8 de Octubre, se oficiará un funeral por el eterno descanso de su alma.

La esposa del extinto, señora Clementina [illegible] invita a sus relaciones quieran acompañarla en ese acto.

CAMBIOS DE RESIDENCIA

Los esposos Julio Garra - María Elvira Parrabère de Garra y sus hijitas Nelly Esther y Mabel Julia, fijaron su residencia en el Bulovar España 2877 (Pocitos), la que ofrecen a sus amistades por medio de estas líneas



CONSEJO DIRECTIVO

ACTA N.º 753

Sesión del 2 de Febrero de 1931

Preside don Ramón Iraizoz.

Asisten los miembros siguientes, Luis San Martín, Francisco Villanueva, Francisco Donagaray, José Mariezcurrena, Juan Oyhenart, Dr. Rodolfo Gorriti, que actuó en Secretaría y el Secretario General Arnaldo Pedro Parrabère.

—Leída, fué aprobada, firmándose, el acta de la sesión anterior, N.º 752.

—El Dr. Gorriti manifiesta que el 12 de Enero último falleció en nuestra capital el ex Presidente don Matías Gamboa, de brillante actuación en el seno de nuestra Institución, cuya fallecimiento se anunció a los asociados por medio de dos avisos insertados en "El Diario" y "El Día". Se pasó a su familia una nota de condolencia y la Revista social le tributó su homenaje, todo lo cual mereció aprobación.

—Se manifiesta que fueron pasadas notas de condolencia a los señores Juan Harambure, Viuda de D. Pedro Harambure, Francisco Tourrelles y familia de Juan Arricar

—La Secretaría General informó que, el 30 de Diciembre de 1931, entregó una tarjeta de tran[illegible]ante en favor del señor Carlos M. Basarte, a pedido del asociado señor César Homero Martínez.

Don Juan A. Harambure agradece, en nombre de su familia, las condolencias remitidas por el Consejo Directivo

El Secretario General presentó los [illegible] de Tesorería del mes de Enero de [illegible] Se[illegible] y Valores, y declara haber [illegible] al Tesorero don José Mariezcurrena [illegible] total de la cobranza, sección socios y so[illegible] con la conformidad de éste, todo lo que [illegible] aprobación

—Fueron autorizados los pagos siguientes

A Campiglia y Carril, $ 6.79; Propinas carteros y etc, $ 4.00; a J. Frederich, $ 35.[illegible], a E. Abal y Cía., 5.ª cuota radio $ 50.00; a Comp.ª "Albingia" seguro sede social y muebles, por [illegible] ro años, $ 143 44; Guía de "El Siglo", $ [illegible] Por 6 lámparas, a la Usina, $ 19.24, a E. [illegible] $ 14.00; a Eugenio Arín, gastos fiesta, $ 7 07 a R. Picardo, $ 13.50.

Se procedió al sorteo de una acción de pesos 500. Extraída la bolilla correspondió al N [illegible] del señor Juan Harambure Tissier

El doctor Mochó opina que el predio de Malvín no es rural, y que corresponde hacer la rebaja del 10 o o al inquilino. Se anunciará al Juzgado que consideramos que no es justa la rebaja, puesto que el alquiler debiera ser de pesos 100,00 mensuales.

—Excusaron su inasistencia los señores Presidente, Larralde, Bidegaray y Garra.

[illegible] los siguientes socios

Mes de Enero de 1932

Dr. José R. de Habiaga, Activo, N.º 4077, reincorporado, presentado por los señores Manuel Mujica y Martín José Mariezcurrena.

José Canavero, Cooperador, N.º [illegible], por José Mariezcurrena y Florencio Yéregui.

Atilio Victor Catelli, Cooperador, N.º 4079, por H. Catelli y Manuel Mujica.

Juan G. Palazzo, Cooperador, N.º 4080, por Guillermo Fudana y Fermín Montenegro.

Eduardo Jardín, Cooperador, N.º 4081, por C. Abelis y Fermín Montenegro.

Domingo Bonaba, Cooperador, N.º 4082, por José Florensa y Manuel Mujica.

Emiliano Martínez, Cooperador, N.º 4083, por C. M. Correa y M. Silva.

Del mes de Febrero de 1932

Miguel Déque, activo, N.º 4084, reincorporado.

José Luis Gamboa, Activo, N.º 4085, presentado por los señores Manuel Mujica y Martín José Martezcurrena.

Gualberto Arrabeitz, Activo, N.º 4086, por Manuel Mujica y Martín José Marlezcurrena.

Gregorio Luengas, Cooperador, N.º 4087, por Francisco Villanueva y Manuel Mujica.

Dr. Angel Escalante, Activo, N.º 4088, por Pedro Alto y Manuel Mujica.

Julio Russo, Cooperador, N.º 4089, por P. Jauregiberry y L. Dassori.

Oscar García, Cooperador, N.º 4090, por Fermín Montenegro y Valentín Gelós.

Antonio Duró, Cooperador, N.º 4091, por José Florensa y Alejandro Alonso.

Esteban Duró (hijo), N.º 4092, por A. Muñoz Silva y Valentín Gelós.

Damián Igarza, Activo, N.º 4093, por Floriano Ruiz y Francisco Villanueva.

Se levantó la sesión a las 11 p. m. habiendo comenzado [illegible]

FINES DE "EUSKAL ERRIA"

I. — Propender a realizar, en torno a esta Institución, la unión de toda la familia vascongada diseminada en el país.

II. — Mantener las tradiciones y costumbres de Euzkadi, fomentando su influencia bienhechora entre todos los asociados.

III. — Fundar Institutos de enseñanza y cursos de idioma vasco.

IV. — Practicar la beneficencia y establecer casas de protección con preferencia para los que fueron asociados.

V. — Fundar una Caja de Previsión Social a beneficio de los asociados Activos y Suscriptores.

VI. — Contribuir a la conveniente colocación de los vascongados de ambos sexos que lleguen a esta República, sin amparo alguno, como igualmente a su repatriación en los casos debidamente justificados.

VII. — Celebrar, por lo menos una vez al año, fiestas y deportes genuinamente vascongados, ya fuere con elementos propios o con el concurso de personas ajenas a la Institución.

VIII. — Alquilar o adquirir los locales necesarios para dar cumplimiento a los postulados precedentes.

IX. — Realizar una continua propaganda en favor de la Institución por todos los medios posibles que tiendan siempre al engrandecimiento de "Euskal Erria" y a la honra de la patria ausente".

Administración Revista "Euskal Erria" - Enero de 1932

DEBE		HABER	
Ext. en caja.	$ 26 3?	Pagado a Manuel Iglesias	$ 130.00
De D. Juan Arotcharen Cobranza	» 81 20	A. P. Parrabère, redacción	» 20 00
De Tesorería	» 80 00	Correspondencia y Porte Pago	» 11 12
		Juan Arotcharen, comisiones.	» 4 87
		Saldo a Febrero.	» 21 54
Suma	$ 187 53	Suma	$ 187 53

M. Mujica

Balance de la Caja de "Euskal Erria" correspondiente al mes de Enero de 1932

(Ejercicio 1932 33)

INGRESOS

A SALDO DEL MES ANTERIOR . .			$	178 15		
A CUOTAS A COBRAR						
Recibido de D. Juan Aretcharen cobranza Enero 1932	$	907 15				
A TERRENO EN MALVIN						
Recibido de Enrique J. Tarino Octubre y Nbre. 1931	»	152.00				
A FONDOS PARA BENEFICENCIA						
Recibido de la Comisión de Señoras	»	297.00				
Por venta de 189 tarjetas de «L'Atlantique» cesión de la Compañía Francesa de Navegación	»	189 00	$	1 545 15	$	1.7[illegible]3.60

EGRESOS

POR INTERESES: (Empréstito Interno)						
Comprob. especial, Pagado a la Sra. Toyós, vence 8 Enero	»	30 00				
» » A P. Parrabere » » »	»	15 00				
» » José Alscar. » 27 »	»	15 00				
» » Juan Gogorza » 27 »	»	15 00				
» » Esteban Leonis, » 28 »	»	60 00	$	135 00		
POR GASTOS GENERALES						
Comprobante N.o 154 Telefono, sede social, trimestre	$	14 30				
» » 155 A Campiglia y Carril varios	»	6 73				
» » 156 Por impuestos municipales	»	8 10				
» » 157 Propinas 3 carteros y 1 basurero	»	4 00				
» » 158 Por gastos varios detallados	»	1.09				
» » 159 Secretaría a A. P. Parrabere	»	25 00				
» » 160 Administración sede a F. Montenegro	»	40 00				
Compb. esp. Pagado a la Comp. «Albingia» seguro sede y muebles	»	143 44				
» » » 168 Por una guía de «El Siglo»	»	3 50				
» » » 169 Por 6 lámparas de la Usina, para la cancha		13 24				
» » » 170 Por limpieza de una lona	»	14 00	$	354 55		
POR AMORTIZACION SUELDO PABELLON EN MALVIN						
Comprobante N.o 161 Pagado a Eugenio Arin, Enero	$	40 00	$	40.00		
POR FIESTAS SOCIALES						
Comprobante N.o 162 Por orquesta 10 de Enero de 1932	$	35.00				
» » 171 A E. Arin gastos varios de la fiesta	»	7 07	$	42 07		
POR MUEBLES Y UTILES SEDE SOCIAL						
Comprobante N.o 164 Encuadrado de 4 óleos a Ilburralde y Balay	$	45 00				
» » 165 A E. Abal, 5.a cuota de la Ra llo?	»	50 00	$	95 00		
POR PROPAGANDA						
Comprobante N.o 166 Entregado a D. Manuel Mujica	$	80.00	$	80 00		
POR COMISIONES						
Comprobante N.o 167 Pag. a D. J. Aretcharen 7 o/o s/ 907 15	$	63 50	$	63 50		
POR FONDOS PARA BENEFICENCIA						
Por Comisión a D. Juan Aretcharen 10 o/o s/ 297	$	27.90				
Distribuido a los pobres	»	100 00				
Por timbres	»	1.00	$	128.90		
POR SEDE SOCIAL						
Rescate de la acción N.o 55, del Sr. Juan Harambure Tiscar	$	500 00	$	500 00	$	1 439 02
Por saldo que pasa al 1.o de Febrero de 1932					$	284 58

V.° B.°
Martín Bildosteguy,
Presidente

José Mariezcurrena,
Tesorero

Rodolfo Gorriti,
Secretario.

BALANCE DEL MOVIMIENTO DE SOCIOS Y VALORES

MOVIMIENTO DE SOCIOS		ENERO DE 1932	MOVIMIENTO DE VALORES				
SOCIOS ANUALES	SOCIOS MENSUALES	DESCRIPCION	INGRESOS	MENSUALES	ANUALES	GANANCIAS Y PÉRDIDAS Y CARNETS	Reincorporados
69	946	*Existencia en 31 de Enero de 1932*					
		Impagos atrasados según lista 419	13 00	462.00	72.00		—
		Recibos hechos s/lista N.° 420		946 00	48 00	0 15	
	7	Recibos hechos s/lista N.° 421	6 00	7.00			
		(La matrícula 4977 es Reincorporada): — no paga Ingreso.					
69	953						
		(Permuta de Mensual a Anual de E. Engelbrecht Febrero 1932)	19.00	1.415.00	120.00	0.15	
		Impagos en este mes	13 00	562.00	72.00	—	
			06.00	853.00	46 00	0.15	
							RESUMEN 0,15 48.00 853.00 6.00
70	952	*Existencia de socios para el 1.o de Febrero de 1932*					
			Efectivo recibido del cobrador, s/Caja . .				$ 907.15

Arnaldo Pedro Parabère.

Secretario General



GUIA PROFESIONAL



Dr. F. CORTABARRIA. — Médico Partero. — Consultas de 2 a 4. — Avenida 8 de Octubre, 2646.

TRISTAN J. AGUERRE. — Profesor de Masaje. — Especialista en los casos de Anquilosis. — Consultas: de la h. 14 a la h. 16 — Venezuela, 1339. — T. U., 1906 (Aguada).

ESCRIBANIA OSPITALECHE. — A cargo de J. de Freitas, C. E. Schickendantz y Agustín J. Rapallo. — Teléf. 3329 Central. — Juan Carlos Gómez, 1434.

TULIO R. MOLTEDO. — Escribano. — Estudio: Rincón 512. — Teléf. Uruguaya 737 Central. — Domicilio: Batoví 2154. — Teléf. Uruguaya 1656 Aguada.

DR. FRANCISCO GARMENDIA. — Médico Oculista. — Consultorio Río Branco N.º 1486. — Télef. Uruguaya 3045 (Central).

JOSE GARMENDIA. — Fábrica de Alpargatas. — Ventas por mayor y menor. — Cerro Largo, 833. Teléfono Uruguaya 2678 (Central).

SOMBRERERIA "AU CŒUR DE PARIS", de Yriart y Cía. — Artículos para hombres y niños. — Calle 25 de Mayo, 552, esquina Ituzaingó.

JOSE S. GASCUE. — Escribano Público. — Trasladó su Escribanía a la calle Zabala 1366 T. U 1708 (Central)

SAVERIO LAGUARDIA. — Cirujano Dentista. Yí, 1290, esq. San José.

ROGELIO DUARTE. — Cirujano Dentista. — Sierra, 2254. — Hora fija. — Teléfono Uruguaya 460 (Aguada).

JUSTO BENIA ETCHEGOYEN. — Escribano. — Defensa, 1119, Apto. N.º 4. — Escritorio: Sarandí, 444. — De tarde.

Imp. "Agraciada" - Av. Agraciada, 1923

PORTE PAGADO

PORTE PAGADO